

Marivaux o la imposible anagnórisis

ANNA RAVENTÓS BARANGÉ
Universidad de Sevilla

RESUMEN

Este artículo trata de poner de relieve los mecanismos por los que la reivindicación de la pereza se convierte, en la obra marivaudiana, en el eje de una reivindicación de unicidad y, por ende, de libertad. En una época en la que toda ficción parece condenada a reactualizar el tópico de la anagnórisis, Marivaux, acusado de reaccionario por los innovadores, recurre a su «pereza» para salvar a sus personajes de una anagnórisis que, adscribiéndolos a un grupo social perfectamente definido, los despojaría de su individualidad y de su libertad de entes de ficción.

Palabras clave: Literatura francesa del siglo XVIII - Marivaux - novela - interés burgués - tópicos literarios - anagnórisis - pereza - unicidad.

RÉSUMÉ

Cet article tente de mettre en évidence les mécanismes par lesquels la revendication de la paresse devient, dans l'oeuvre marivaudienne, le pivot d'une revendication d'unicité et, par conséquent, de liberté. À une époque où toute fiction semble vouée à réactualiser le topos de la reconnaissance, Marivaux, taxé de réactionnaire par les novateurs, a recours à sa «paresse» pour interdire à ses personnages une reconnaissance qui, en les affectant à un groupe social parfaitement défini, leur ferait perdre leur individualité et leur liberté d'êtres de fiction.

Mots clé: Littérature française du XVIIIe siècle - Marivaux - roman - intérêt bourgeois - topiques littéraires - reconnaissance - paresse - unicité.

ABSTRACT

This article aims at highlighting the mechanisms which allow Marivaux' assertion of laziness to become the pivot of his claim to human uniqueness and, therefore, of per-

sonal freedom. At a time where fiction seems doomed to reactualize the topic of recognition, Marivaux, whom the innovators accused of reactionarism, appeals to his «laziness» to safeguard his characters from recognition, which would have deprived them of their individuality and of their fictional freedom by inserting them into a perfectly defined social group.

Key words: 18th century French literature - Marivaux - novel - literary topics - bourgeois interest - recognition - laziness - uniqueness.

La historia de Pierre Carlet de Chamblain de Marivaux (1688-1763) pudo haber hecho de él un desplazado real. Hijo del director de la Casa de la Moneda en Riom¹ —la capital medieval de la Auvernia—, Marivaux estaba emparentado por vía materna con la alta burguesía financiera de París, aquélla cuyos miembros solían integrarse en la nobleza mediante la adquisición de altos cargos o los matrimonios de conveniencia. Fue en su seno donde transcurrieron, aparentemente, su infancia y adolescencia, marcadas por el lujo, las riquezas y las altas relaciones de un medio social ante el que su padre no era sino un modesto funcionario de provincias.

Nada tendría pues de extraño que, como afirma Henri Coulet², el autor se hubiese sentido identificado con esa clase opulenta y poderosa cuyo modo de vida se asemeja más al de la aristocracia que al de la burguesía mercantil³. De hecho, los escasos datos que poseemos sobre la vida social de Marivaux parecen indicar un infructuoso esfuerzo inicial por labrarse un lugar en las altas esferas. Su matrimonio pudo haber constituido un avance en este sentido, puesto que Colombe Boulogne aportaba no sólo una dote muy superior a aquélla en que el sardónico Furetière hubiese valorado en la época a un joven y oscuro escritor⁴, sino un parentesco influyente, susceptible de procurar al recién casado un primer cargo en la administración de las arcas o de las tierras reales. Sin em-

¹ Sobre el padre de Marivaux, cf. Bonacorso (G.), *Gli anni difficili di Marivaux*, Messina, 1964; Couton (G.), «Le sieur Nicolas Carlet, père de Marivaux», *R.H.L.F.* n° 1 (1953); Gilot (M.), «Maître Nicolas Carlet et son fils, Marivaux», *R.H.L.F.* n°s 3-4 (1968), todos ellos citados por Coulet (Henri), *Marivaux romancier*, Paris, Armand Colin, 1975, pp. 15-82.

² Coulet (Henri), *Op. cit.*, p. 57.

³ En realidad, la idiosincrasia de esta alta burguesía dieciochesca que los historiadores llaman «financiera» la hace indistinguible —pese a su adscripción masiva a las Luces— de las estructuras socio-políticas del Antiguo Régimen (al que, de hecho, no sobrevivirá), lo cual contribuye a diferenciarla de la burguesía propiamente dicha, la «mercantil». Ya en 1751, el foso entre una y otra fue claramente percibido por Duclos, puesto que el capítulo «Sur les gens de fortune» de sus *Considérations sur les mœurs de ce siècle* distingue netamente las austeras costumbres de la segunda (que incluye a los banqueros en la categoría de los negociantes) de la holgada molición y de la gozosa mundanidad que caracterizan los hábitos de la primera.

⁴ 40.000 libras, según la información proporcionada por Coulet (*op. cit.*, p. 55), cantidad que, de ser cierto el *Tarif ou évaluation des partis sortables pour faire facilement des mariages* con que Furetière iniciaba un lustro antes su ácida «Histoire de Lucrèce la bourgeoise», la hubiese hecho digna de desposar «un auditeur des Comptes, trésorier de France ou payeur des Rentes» (Furetière, *Roman Bourgeois* [1666], éd. de Jacques Prévot, Paris, Gallimard, 1981, pp. 47-48).

bargo, el destino —o quizás una incapacidad congénita para la intriga— quiso que Marivaux siguiese siendo un hombre sin cargos ni títulos, cuyas únicas esperanzas reales (aunque posteriormente desmentidas) se reducían a heredar el puesto de su padre en Riom. Ni sus parientes y altas relaciones, ni las interesadas dedicatorias de *Le père prudent et équitable* (a Rogier du Buisson, consejero de Luis XIV), *L'Homère travesti* (al duque de Noailles, presidente del Consejo de Finanzas en la Regencia), *La double inconstance* (a la marquesa de Prie, amante del duque de Borbón), *etc.*, parecen haber acertado a modificar su pequeña existencia de burgués pobre y eternamente endeudado, aunque tan manirroto como los adinerados personajes entre los que se crió.

Nada permite afirmar que Marivaux viviese esta circunstancia como fracaso existencial, pero la postura ideológica que empapa su escritura remite sin cesar a un hiato insalvable entre el universo en que está anclado el referente vital del escritor (la alta burguesía financiera) y aquél al que lo vincula, en la realidad histórica, su situación económica y social (la pequeña burguesía). La ambivalencia marivaudiana se estructura en esta encrucijada existencial, favorecedora, sin duda, de la frecuencia con que aparece en su obra teatral ese personaje en quien un intercambio voluntario de situaciones hace surgir al prototipo clásico del desplazado: tras la lección moral de *L'île des esclaves* (1725), *L'île de la raison* (1727) y *La nouvelle colonie* (1729), la Lisette y el Arlequín de *Le jeu de l'amour et du hasard* (1730) protagonizan magistralmente, como el Frontin de *L'épreuve* (1740), un juego de disfraces en el que el individuo trata —siempre inútilmente— de aparentar lo que no es.

Pero, ¿qué es Marivaux? Dispendioso, sibarita, benefactor generoso hasta la extravagancia⁵, ajeno a la nueva moral del trabajo y del ahorro e incapaz de asumir, como lo hará Voltaire⁶, que «la «cupidité» du négociant est trop utile à la société pour être blâmable»⁷, el escritor no ve en el pequeño burgués cuyo *modus vivendi* está condenado a compartir⁸ sino un personaje avaro y codicioso que empieza a adueñarse de las calles parisinas. «Quand il a de la noblesse dans ses manières, il est presque toujours singe: quand il a de la petitesse, il est

⁵ Cf. el testimonio del dramaturgo Louis Lesbros de la Versane en *L'esprit de M. de Marivaux* (1769 y 1774), citado por Larroumet (G.), *Marivaux, Sa vie et ses oeuvres*, París, Hachette, 1882, p. 144.

⁶ «Il est bien vrai que Dieu aurait pu faire des créatures uniquement attentives au bien d'autrui. Dans ce cas, les marchands auraient été aux Indes par charité, et le maçon eût scié de la pierre pour faire plaisir à son prochain. Mais Dieu a établi les choses autrement. N'accusons point l'instinct qu'il nous donne et faisons-en l'usage qu'il commande» (*Lettres philosophiques*, XXV, «Sur les pensées de M. Pascal», éd. de R. Naves, París, Garnier, 1951, p. 152). Citado por Erhard (Jean), *L'idée de nature en France dans la première moitié du dix-huitième siècle*, París [S.E.V.P.E.N., 1963], Albin Michel, 1994, p. 382.

⁷ Erhard (Jean), *op. cit.*, p. 384.

⁸ Henri Coulet observa acertadamente que «Marivaux a pu être payé par les comédiens pendant la période où ses pièces ont eu du succès et par les libraires avec qui il passait des contrats. Ses gains lui ont permis de vivre honorablement et de se constituer des rentes qui fournissaient à ses dépenses, comportement caractéristique des bourgeois» (*Marivaux romancier*, ed. cit. p. 60).

naturel, ainsi il [cet animal mixte qui tient du grand seigneur et du peuple] est noble par imitation et peuple par caractère»⁹, dictamina rencorosamente este apóstol de la «noblesse d'âme». Adscrito a una ética y a una estética en las que pervive aún la concepción aristocrática del desinterés y de la generosidad, Marivaux menosprecia a una clase cuyo sistema de valores «s'accommode à l'avidité que les marchands ont de gagner sans violer absolument la religion. Le marchand partage le différent en deux: la religion veut une régularité absolue, l'avidité veut un gain hors de tout scrupule. On est chrétien, mais on est marchand: ce sont deux contraires, c'est le froid et le chaud [...]»¹⁰.

Sin embargo, tampoco la alta burguesía, cuya vida transcurre entre los algodones del lujo y la inacción, puede reconocer a uno de los suyos en quien denuncia un sistema «qui déshérite les deux tiers des hommes des biens que la nature a fait pour eux»¹¹ y les reprocha, afirmando por boca de uno de sus personajes que «l'homme est né pour le travail»¹², un libertinaje alimentado por el ocio. La evolución que separa al adolescente del escritor excluye la novelesca anagnórisis del limitado abanico al que la Historia suele reducir el ámbito infinito de lo posible. Por más que Voltaire, Diderot y los filósofos en general viesan en él a un portavoz de esa ociosa y denostada «haute société consummatrice du produit social, et qui n'est, économiquement, que consommatrice»¹³, la realidad es que Marivaux nunca tuvo un lugar en ella, y que, lejos de querer ser su portavoz, pretendió aleccionar con su proyecto escritural a una clase social sobre la que hace pesar la grave acusación —rousseauiana «avant la lettre»— de pervertir al ingenuo hasta hacer de él una mala persona¹⁴.

La reivindicación marivaudiana de la pereza no surge ni de una discutible adhesión a las pautas que rigen el modo de vida imperante en el mundo de las finanzas del Estado, ni como reacción a la nueva moral burguesa del trabajo, sino como expresión —no exenta de superioridad— del desdén que le inspira una codicia que él sabe común a ambos grupos sociales y a la que hace responsable del encallecimiento sensible que aleja al hombre de su felicidad primigenia y de su probidad natural:

⁹ «Le bourgeois», in *Lettres sur les habitants de Paris*, cap. II, integrado en la sección I («Articles parus dans *Le Mercure*, 1717-1720») de la excelente compilación elaborada por F. Deloffre et M. Gilot bajo el título de *Journaux et oeuvres diverses* de Marivaux, París, Bordas, 1988, p. 14.

¹⁰ *Ibid.*, p. 17.

¹¹ *Le spectateur français*, Entrega vigésimoquinta, in Deloffre (F.) y Gilot (M.), *Journaux et oeuvres diverses*, París, Bordas, 1988, p. 264.

¹² El Desconocido del *Spectateur français* (*Ibid.*).

¹³ Lüthy (Herbert), *La banque protestante en France de la révocation de l'édit de Nantes à la Révolution*, París, 1961, t. II, p. 23. Tomo prestada esta cita de Coulet (Henri), *op. cit.*, p. 52.

¹⁴ «Ce méchant que l'on punit, ce sont eux le plus souvent qui lui ont appris à le devenir; il se serait contenté de son nécessaire, de sa cabane, du revenu de son travail et de la médiocrité de ses plaisirs, s'il n'avait pas vu des hommes dont le luxe, les richesses, la mollesse et la fainéantise ont allumé son orgueil, son avarice et ses vices» (*Le spectateur français*, entrega vigésimoquinta, in *J.O.D.*, ed. cit., p. 265).

«Oui, mon cher ami, je suis paresseux, et je jouis de ce bien-là, en dépit de la fortune qui n'a pu me l'enlever et qui m'a réduit à très peu de chose sur tout le reste: et ce qui est fort plaisant, ce qui prouve combien la paresse est raisonnable, combien elle est innocente de tous les blâmes dont on la charge, c'est que je n'aurais rien perdu des autres biens si des gens qu'on appelait sages, à force de me gronder, ne m'avaient pas fait cesser un instant d'être paresseux. Je n'avais qu'à rester comme j'étais, m'en tenir à ce que j'avais, et ce que j'avais m'appartiendrait encore: mais ils voulaient, disaient-ils, doubler, tripler, quadrupler mon patrimoine à cause de la commodité du temps», dice Marivaux en clara referencia a su catastrófica participación en el montaje accionario de Law. «[...] Un abbé Maingui surtout, devant Dieu soit son âme, fit taire mon peu d'avidité naturelle, et cet honnête homme, vraiment homme d'honneur, à force de bonté, de soins et d'intérêt [...] dénatura tant de *bribes* de mon aveu qu'il ne leur est pas resté miette de nature. Ah! sainte paresse! salutaire indolence! si vous étiez restées mes gouvernantes, je n'aurais vraisemblablement écrit tant de néants plus ou moins spirituels, mais j'aurais eu plus de jours heureux que je n'ai eu d'instant supportables. Mon ami, le repos ne vous rend pas plus riche que vous ne l'êtes; mais il ne vous rend pas plus pauvre: avec lui, vous conservez ce que vous n'augmentez pas, encore ne sais-je pas si l'augmentation ne vient pas quelquefois récompenser la vertueuse insensibilité pour la fortune.»¹⁵

Su desdeñosa «insensibilidad para la fortuna» manifiesta, sin duda, un orgulloso distanciamiento de esa burguesía urbana cuyos ingresos son, como los de Marivaux (por más que éste trate sin cesar de desmentir este punto), fruto del afanoso trabajo diario y de unas rentas constituidas gracias a él. No obstante, la anécdota relatada no remite a esta burguesía, sino a la actividad económica de los financieros y, más precisamente, al círculo de Mme de Lambert, masivamente exhortado por el abate Maingui (o Mainguy, Menguy) a apoyar la política del Regente comprando las prometedoras acciones de Law. Con su reivindicación de la indolencia, Marivaux proclama pues, no sólo una naturaleza ajena al mercantilismo burgués, sino también su carácter diferencial con respecto al mundo en que transcurrieron su infancia y adolescencia, ese mundo cuya imagen se ha ido degradando en su interior y en el que, de todos modos, ya no hay lugar para él. La contradicción subyacente tras los vínculos ideológicos que ligan al autor a una clase social de la que la Historia lo aleja cada vez más dará lugar, en las dos grandes novelas marivaudianas (*La vie de Marianne* y *Le paysan parvenu*), a una sintaxis narrativa que contrapone dos visiones antagónicas de la alta burguesía. De una parte, un mundo caracterizado por su codicia, su dureza y su egoísta insensibilidad¹⁶. De otra, un universo en

¹⁵ *Lettre sur la paresse, écrite l'an 1740*, publicada por Lesbros de la Versanne en *L'esprit de Marivaux* (1769) y reproducida por Deloffre y Gilot en *J.O.D.*, ed. cit., p. 443.

¹⁶ El mundo al que pertenece el primer patrón de Jacob, «Homme extrêmement riche [...] et à qui il ne manquait que d'être noble pour être gentilhomme. Il avait gagné son bien dans les af-

el que el escritor proyecta —transcodificados— los valores justificadores de la nobleza, adjudicándole así, en su ensoñación, el papel de protector y garante del orden social¹⁷. La mirada que da origen al primero trueca la soledad del desplazado por la del juez; la que genera el segundo es una maniobra de presdigiditación por la que ese yo antaño desplazado manifiesta su prepotencia subvirtiendo los objetivos de esta sociedad en función del papel que le adjudica su propio ideal.

La «sainte paresse» metonimiza, sin duda, el rechazo de una Historia en la que el nostálgico Marivaux se percibe narcisísticamente en una situación similar a la de su Inconnu del *Spectateur français*: «Leur fils, autrefois l'objet de leurs soins et de leur complaisance, sans secours, maintenant sans expérience, et comme un enfant sans aveu, traversait en fuyatif cette campagne qui ne lui offrait plus de retraite et s'en allait servir de jouet à la fortune»¹⁸. Pero la imagen de un yo fugitivo al que la Historia niega un lugar no es sino la base justificadora de ese *alter ego* que proclama orgulloso su propiedad, ya no excluida sino exclusiva. Como ese otro huérfano que, muchos años más tarde, trataría de establecer su individualidad en las *Rêveries du promeneur solitaire* (cuyos tonos parecen anunciarse ya —como bien observan Deloffre y Gilot— en el relato del Inconnu), Marivaux hace de la pereza un medio de diferenciación y de «instalación» en un lugar propio; un instrumento que, elevándolo por encima del mezquino frenesí de su tiempo, lo sitúa en la grandeza de ese estado de inocencia que, mucho antes de Rousseau, blandirá ya, agresivamente, Jacob, el campesino advenedizo de Marivaux.

fares; s'était allié à d'illustres maisons par le mariage de deux de ses fils, dont l'un avait pris le parti de la robe, et l'autre de l'épée. Le père et les fils vivaient magnifiquement; ils avaient pris des noms de terres; et du véritable, je crois qu'ils ne s'en souvenaient pas eux-mêmes. Leur origine était comme ensevelie sous d'immenses richesses [...] (*Le paysan parvenu* [1734-35], ed. de F. Deloffre et F. Rubellin, París, Classiques Garnier, 1992, p. 7). En adelante, todas las citas extraídas del *Paysan parvenu* se referirán a esta edición.

¹⁷ Véase, por ejemplo, el elogio que hace Marianne del ministro (*M. de...*, y no príncipe, duque o conde) ante el que la hace comparecer la intolerante familia de Mme de Miran: «C'était un homme âgé, mais grand, d'une belle figure et de bonne mine, d'une physionomie qui vous rassurait en la voyant, qui vous calmait, qui vous remplissait de confiance, et qui était comme un gage de la bonté qu'il aurait pour vous, et de la justice qu'il allait vous rendre. [...] Cette âme y faisait rejaiillir la douceur de ses moeurs; elle y peignait l'aimable et consolante image de ce qu'elle était; elle l'embellissait de toutes les graces de son caractère [...]. Celui-ci [...] gouvernait à la manière des sages, dont la conduite est douce, simple, sans faste et désintéressée pour eux-mêmes; qui songent à être utiles et jamais à être vantés; qui font des grands actions dans la seule pensée que les autres en ont besoin, et non pas à cause qu'il est glorieux de les avoir faites. [...] C'était comme un père de famille qui veille au bien, au repos et à la considération de ses enfants, qui les rend heureux sans leur vanter les soins qu'il se donne pour cela, parce qu'il n'a que faire de leur éloge...» (Marivaux, *Vie de Marianne*, éd. de F. Deloffre, París, Classiques Garnier, 1990, pp. 314-316). La similitud entre esta descripción y la que el autor hará del cardenal Fleury en su *Discours de réception à l'Académie Française* lleva a F. Deloffre a concluir que el recto y bondadoso juez de Marianne está inspirado en la figura histórica del estadista francés que más alas dio a la burguesía financiera de la Regencia (cf. *J.O.D.*, ed. cit. pp. 449-456, en especial pp. 451-452).

¹⁸ *Le spectateur français*, entrega vigesimoquinta, in *J.O.D.*, ed. cit. p. 262.

Jacob ve la luz en abril de 1734, seis años después de que su autor lanzase al mundo a esa Marianne cuyas aventuras interrumpe durante veintitrés largos meses¹⁹. Contrariamente a ella, Jacob se desarrolla de forma continuada, como si el impulso que le da el ser contase con una firmeza y una seguridad que en modo alguno traslucen las entregas de Marianne: las cinco primeras partes de *Le paysan parvenu* se suceden de forma ininterrumpida durante un año exacto (de abril 1734 a abril 1735), mientras que las once entregas de *La vie de Marianne* (cuya primera parte se hace esperar tres años tras haber sido aprobada por la censura y anunciada por Prault) sufren continuas e inexplicables dilaciones, se ven relegadas por publicaciones variopintas y acaban requiriendo un lapso de tiempo catorce veces mayor.

Esta mayor extensión en el tiempo redonda, lógicamente, en perjuicio de la unidad que presenta, ante el lector, *La vie de Marianne*. Trasunto, quizás, de quien afirma con frivolidad estudiada que «quand j'ai commencé les aventures de l'Inconnu [...], j'ai dit que je les interrompais de temps en temps par d'autres choses» y que «il faut que le jeu me plaise, il faut que je m'amuse; je n'écris que pour cela, et non pas précisément pour faire un livre»²⁰, la narradora de *La vie de Marianne* se deja ir a todos sus caprichos compositivos, siembra su relato de largas e inoportunas digresiones y se aparta del guión inicial hasta el punto de confundir los nombres de los personajes²¹. Bien es cierto que tampoco el narrador de *Le paysan parvenu* tiene el menor escrúpulo en anunciar a su lector que «il faut qu'on s'accoutume de bonne heure à mes digressions; je ne sais pas si j'en ferai de fréquentes, peut-être que oui, peut-être que non; je ne réponds de rien; je ne me gênerai point; je conterai toute ma vie, et si s'y mêle autre chose, c'est que cela se présentera sans que je le cherche»²², pero el efecto obtenido por ambos narradores no puede ser más divergente.

Obligado es señalar que el porcentaje de páginas ocupado por las reflexiones de Jacob-narrador es, finalmente, casi cuatro veces menor al que les concede Marianne, pero ese menor peso porcentual no es, en realidad, sino una consecuencia más del equilibrio en que se integran. Profundamente imbricadas en la caracterización del personaje-narrador y en la progresión evenemencial de su autobiografía, estas digresiones ligan ambos aspectos y acentúan su «efecto de verdad». Lejos de interrumpir el relato y entorpecer su ritmo —como ocurría con las de Marianne—, contribuyen a su coherencia creando, bajo un aire de despreocupación sólo aparente, la ejemplar sintonía que Marivaux alcanza aquí entre los planos discursivo y narrativo de su novela.

¹⁹ Los que median entre la publicación de la segunda parte de *La vie de Marianne* (enero de 1734) y la aparición de la tercera (noviembre 1735).

²⁰ *Le spectateur français*, entrega vigesimotercera, in *J.O.D.*, ed. cit. pp. 244 y 245.

²¹ El nombre de Villot aparece adjudicado a dos personajes distintos y Mme de Miran aparece, al principio, bajo el de Mme de Valville, lo que parece inducir su conversión en madre de Valville. Preciso es reconocer, sin embargo, que también la Agathe del *Paysan* nos es presentada inicialmente como Javote.

²² Marivaux, *Le paysan parvenu*, ed. cit., p. 9.

Marianne prologaba sus memorias con una clave hermenéutica de tan rancio abolengo que no sólo el horizonte de expectativas del lector, sino su propio desarrollo actancial y su discurso narratorial quedaban predeterminados por ella:

«Il y a quinze ans que je ne savais pas encore si le sang d'où j'étais sortie était noble ou non, si j'étais bâtarde ou légitime»²³.

De nada sirve la declaración de ingenuidad y frescura que precede a esta declaración²⁴; la información introductoria de quien se presenta, ya desde el título, como Madame la Comtesse de *** encorseta su discurso, encierra a la joven Marianne en una cárcel de tópicos e impone a la anecdótica un estricto sometimiento al único desenlace posible: la anagnórisis. Los constantes manifiestos libertarios de la narradora resultan vacuos, como resulta insuficiente la ambigüedad moral con que trata de liberar sus movimientos de la losa hermenéutica que pesa sobre el personaje y sobre su historia. Marianne es «un enfant de condition»²⁵ a la espera de un reconocimiento oficial, y sólo puede hablar y comportarse como tal, por más que Marivaux se resista a ofrecer a sus lectores el momento aún virtual (y, felizmente, nunca actualizado) en que un encuentro fortuito, un retrato cuyos rasgos parecerán extrañamente reconocibles, un cúmulo de coincidencias o, quizás, un manuscrito aparecido por azar desvelará su nobleza legítima.

Sólo un personaje ahistórico, ajeno a los prejuicios sociales y morales que habían pesado —desde mucho antes de *La princesse de Clèves*— sobre la exploración del espacio interior podía servir a la necesidad epistemológica de ese escritor inadaptado a su tiempo, y ese personaje será Jacob.

Con *Le paysan parvenu ou les Mémoires de M****, Marivaux parece hallar por fin el instrumento adecuado para explorar las potencialidades de esa peculiar noción de «pereza» a que hacíamos referencia más arriba, lo cual podría explicar la fuerza del impulso que llevó a su autor a olvidar su inconstancia y a concentrarse en esta obra durante todo un año. Jacob, espíritu libérrimo, será para Marivaux un laboratorio de experimentación sobre el modo en que la «pereza» puede funcionar como motor de construcción de un yo que, anclado en la supuesta inocencia de un «état de nature» próximo al que parece reivindicar para sí el brillante conversador de los salones de Mme de Lambert, alcance a distinguirse en «l'état social»²⁶ sin ver su esencia disuelta en ese omnipresente interés al que el autor acusa, no ya de cimentar la moral de una burguesía para él deleznable, sino de sumir en el letargo sensible a la clase so-

²³ Marivaux, *La Vie de Marianne*, ed. de F. Deloffre, París, Garnier, 1990, pp. 9-10.

²⁴ [...] Je parlais tout à l'heure de style, je ne sais pas seulement ce que c'est. Comment fait-on pour en avoir un?» (*Idem.*).

²⁵ *La vie de Marianne*, ed. cit. p. 328.

²⁶ Robert Mauzi, *L'idée du bonheur dans la littérature et la pensée françaises au XVIII^e siècle*, París [1979], Albin Michel, 1994, p. 137.

cial destinada a encarnar su ideal. Su origen campesino resulta crucial en esta investigación ontológica que tanto cautivó a Marivaux, y ello por varias razones:

- a) El personaje rural está ligado, de una parte, al ideal arcadiano de la pureza, la inocencia y la autenticidad, presente en toda la literatura pastoril; de la otra al mito del vigor primigenio y de la agudeza sensible, cualidades que el imaginario atribuye —como los cuentos de hadas— a aquél para quien, habiendo conservado «dans une société pervertie et amère, le privilège de la fraîcheur», «l'univers reste un lieu fascinant de désirs»²⁷.
- b) El campesino es, a lo largo de todo el siglo XVIII, una figura surgida de un mundo sin existencia social²⁸, lo que implica que el campesino literario es un ser sin referente alguno en la realidad histórica, y libre, por ello, de cualquier corsé actancial²⁹ o escritural.
- c) Ante la doble imposibilidad de operar la anagnórisis novelesca que resolvería el conflicto y la integración del personaje sin metamorfosis, el autor lo es de un personaje nuevo, nacido, por arte y magia de su imaginación, con las características precisas para instruir el proceso de la sociedad de la época al tiempo que escudriña, sin ambages ni pacaterías, todas las facetas de la naturaleza humana.

Si la «sainte paresse» metonimiza el rechazo marivaudiano de una Historia que ha hecho de él, con respecto a quienes adjudica el papel de garantes del orden social, «leur fils, autrefois l'objet de leurs soins et de leur complaisance, sans secours, maintenant sans expérience et comme un enfant sans aveu»³⁰, Jacob metonimiza su propia búsqueda ontológica. Marivaux, él mismo extranjero a todos los grupos sociales en que se divide su sociedad, halla en la figura de este campesino fresco, lozano y sensual el modo de llevar a cabo, en un sistema de valores basado en las actitudes públicas, una búsqueda privada.

²⁷ Mauzi (Robert), *L'idée du bonheur...*, p. 165.

²⁸ Perfectamente ajena al progreso de las Luces, la masa rural de la realidad suscita, en el imaginario ciudadano, una mezcla de compasión, de miedo y de desprecio: «compassion lorsqu'elles envisagent le sort de ces 'farouches animaux', peur lorsqu'ils se remémorent les innombrables jacqueries et révoltes qui balisent l'histoire du monde rural, mépris à l'évocation de 'rustres' ignorants et grossiers, superstitieux et routiniers» (G. Béaur, art. «paysan» in Michel Delon (dir.), *Dictionnaire européen des Lumières*, París, P.U.F., 1997, p. 833).

²⁹ Circunstancia ésta que le confiere un poder crítico análogo al de los visitantes exóticos, como bien muestra el hecho de que el panfletista Gaillard de la Bataille se lamenta, por boca de su advenediza, de que «on prend des mesures pour arrêter l'impression du *Paysan parvenu*, a-t-on dit à Paris. Pourquoi? demandait un homme sage, parce que une, deux, plusieurs personnes ont été reconnues dans les portraits dont cet ouvrage est semé: elles s'en sont plaintes» (Gaillard de la Bataille, *Jeannette seconde ou la Nouvelle paysanne parvenue*, Amsterdam, Compagnie des Libraires, 1744, p. 289).

³⁰ Cf. nota 18.

Marianne, heroína perteneciente a un grupo social definido y sometida desde el principio al tópico del reconocimiento, estaba limitada, como instrumento de búsqueda, a unos movimientos marcados por la herencia sentimental y analítica que la novela había ido definiendo, desde el *roman précieux* de La Calprenède, de Gomberville y de Mlle de Scudéry, pasando por la sutileza de Mme de La Fayette, hasta llegar a las disecciones dieciochescas del corazón humano. Jacob, desprovisto de referente social e inhabilitado para la anagnórisis, constituye el modo de poner este legado al servicio de ese *sapere aude* a que llaman ya a gritos sus detractores. Sus digresiones no son ya ni largas historias engastadas — como la de Tervire en *La vie de Marianne*—, ni disquisiciones similares a aquellas con las que su autor debía hacer gala de ingenio en los salones de Mme de Lambert, sino los meandros propios de una conversación que fluye libremente y en la que nada es gratuito. Todas ellas arrojan nueva luz sobre aspectos concretos de esas complejidades y contradicciones en que se construye, como Jacob, cualquier individuo, y contribuyen, por tanto, a ese auto-conocimiento que no es sólo materia novelesca, sino auténtica investigación sobre la naturaleza humana. Investigación ésta que constituye —esta vez sí— un auténtico manifiesto libertario, por cuanto no sólo osa adentrarse en rincones que ponen de manifiesto las facetas menos dignas de nuestra naturaleza y reivindicar —como Voltaire en sus cuentos— nuestro derecho a resultar contradictorios, sino que parece subordinar a este proyecto —ilustrado donde los haya— todo su plan narrativo.

La renuncia de Marivaux a operar el encuentro entre narrador y personaje se explicaría así de forma distinta en ambas novelas. Marianne habría resultado inadecuada para el propósito marivaudiano, por lo que el autor, decepcionado con su personaje, habría ido perdiendo interés por él. Jacob, por el contrario, cumple perfectamente su cometido, y sería precisamente esta perfecta adecuación la que motiva su súbito abandono tras un año de trabajo continuo. A partir del momento en que el campesino, en el umbral del éxito, alcanza el grado de penetración necesaria para hacerse espectador de sí mismo y contemplarse lúcidamente como desplazado en ese templo de la sociabilidad que era, en la época, la Comédie Française, el objetivo está cumplido, y la continuación de la novela no podría sino desvirtuarlo. Cumplido el propósito experimentador que tanto interesaba a Marivaux, pero alcanzada también una conclusión ontológica altamente rentable para ese otro desplazado que fue Marivaux: la anagnórisis es imposible, ningún grupo social reconoce realmente al hombre, pero, aún contradictorio e imperfecto, «perezoso» e interesado al mismo tiempo, el hombre es, en realidad, exclusivo, no excluido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Obras de Marivaux

Journaux et oeuvres diverses, ed. de F. Deloffre y M. Gilot, París, Bordas, 1988.

La vie de Marianne, ed. de F. Deloffre, París, Bordas [1957], 1990.
Le paysan parvenu, ed. F. Deloffre y F. Rubellin, París, Garnier [1959], 1992.
Théâtre complet (2 vols.), ed. de F. Deloffre, París, Garnier, 1968.

2. Otras obras de los siglos XVII, XVIII y XIX

Duclos (Charles Pinot), *Considérations sur les moeurs de ce siècle* [s.l., s.n.], 1751.
Furetière, *Roman bourgeois* [1666], ed. de Jacques Prévot, París, Gallimard, 1981.
Gaillard de la Bataille, *Jeannette seconde ou La nouvelle paysanne parvenue*, Amsterdam, Compagnie des libraires, 1744.
Larroumet (G.), *Marivaux, Sa vie et ses oeuvres*, París, Hachette, 1882.

3. Estudios críticos

COULET, Henri, *Marivaux romancier*, París, Armand Colin, 1975.
COULET, Henri y GILOT, Michel, *Marivaux, un humanisme expérimental*, París, Larousse, 1973.
DELON, Michel, *Dictionnaire européen des Lumières*, París, P.U.F., 1997.
DÉMORIS, René, *Le roman à la première personne: du classicisme aux Lumières*, París, A. Colin, 1975.
ERHARD, Jean, *L'idée de nature en France dans la première moitié du XVIIIe siècle*, París [S.E.V.P.E.N., 1963], Albin Michel, 1994.
MAUZI, Robert, *L'idée du bonheur dans la littérature et la pensée françaises au XVIIIe siècle*, París [A. Colin, 1797], Albin Michel, 1994.
ROUSSET, Jean, *Forme et signification*, París, Corti, 1962, pp. 45-64.